

Claudia Amador
Altasangre

Alianza editorial

Índice

Primera parte. Ensayos	15
Segunda parte. Noche de reinas	45
Tercera parte. Las malas lenguas	81
Cuarta parte. El Pegue de los Mundos	99
Quinta parte. Éxtasis	127
Sexta parte. La Lectura del Bando	149
Cómo quitarle la sangre a una prenda blanca	175

Dicen que de cachorra le gustaba morder: les arrancó pedazos de piel a tres sirvientas y a una casi la desangra. Lo sé porque las tres eran del pueblo. Me contaron que la señora Julia Vanterroso le ordenó a su hija, María del Pilar, que la domesticara porque así no les iba a servir de nada. Eso sí, la criatura nació con unos ojos hermosos, esmeraldinos, de embrujo bravo. Apenas la señora Julia la vio, se dice que se le puso la mirada de loba tierna y que no dejaba de repetir: *Hay que dejarla una seda, hay que dejarla una seda*. Ni más faltaba, si todos sabemos que de esa casa solo se exporta lo mejor: vestidos de hilo egipcio con bordados intrincados; Sanguina, la sangría más importante del país —ese destilado de sangre que no sacia para nada, pero que está bien visto tomar—, y, por supuesto, las crías más bellas de este platanal.

Te digo: esta última nació bellísima, pero les dio muchos problemas. La señora Julia hizo que le llevaran a un mujerón de Turbaco, Enriqueta, que sabía tratar con vacas, carneros y cuanto animal de lidia le pusieran al frente. Una tremenda mixta que mantenía a su familia a punta de sangre de ganado. ¿Qué te parece? ¡Sangre animal! ¡Y una aquí conformándose con las sobras del mundo!

Pero Enriqueta, como buena negociante, se atrevió a cobrarles caro. Yo ni me hubiese metido en ese lío. ¿Con esa familia? No, ¡prefiero morirme de hambre! Pero bueno, cuentan que al principio le embo-

lataron la cosa, la señora María del Pilar dijo que el marido no tenía plata para pagarle a una mixta. Sí, el marido que fue senador. ¡Pobrecito, con ese sueldo de nada!

Todo fluyó porque la señora Julia se enteró de que su hija andaba poniendo trabas y le pagó ella misma a Enriqueta. Y valió cada peso porque esa mujer fue la única que logró domesticarle a la bestia.

Es que Enriqueta era una mixta especial, niña, la señora Julia no iba a meter a cualquiera a la mansión y darle esa responsabilidad. Enriqueta tenía la piel gruesa, sana, impenetrable por el sol. Y algo hacía, algún menjunje raro que se inventó para que su olor no se sintiera entre los chupasangres. Te digo, su sangre era como agua. Dicen que era bruja —y que tenía línea directa con las ánimas que habitan el borde del mundo—, y eso provocó más respeto entre los pálidos, aunque ni creas, hay cosas a las que hasta ellos les tienen miedo. Dicen las malas lenguas —y tú sabes que hacerlas hablar es muy difícil— que a una de las señoras estiradas del Altasangre Club, la viuda de Alcázar, una amante del marido le mandó un ente que le dejaba chupetones todas las noches. ¿Qué tal?

¿Por dónde iba? Ah, cierto. Enriqueta no despertó ningún instinto dentro de esa casa, ni entre los nietos de la señora Julia —esos espejismos endemoniados de sí mismos y de los padres—, ni con el nuero inepto que tenía. Parece que la cosa fue hasta bien. A la señora Julia le gustaba Enriqueta porque jamás se sometió a su autoridad. La llamaba Julia, no *señora Julia*, como le decía hasta el esposo antes de desaparecerse; ni *doña Vanterroso*, como la llaman los arrastrados de la Costa, los medios de comunicación, las afiliadas al club y, especialmente, los extranjeros con olor a polvo. Con Enriqueta era Julia a secas. Entre brujas se deben entender, porque no es un secreto que alrededor de Julia Vanterroso también hay unas historias bien raras sobre su piel elástica y su relación con deidades dormidas... Pero pa' qué, Enriqueta hizo su trabajo como enviada por el de arriba, o el de abajo. Agarró a la fierecita y la aquietó: la sacó del corral donde tenía los juguetes y el plato del agua vueltos una nada —donde el encaje y los adornos se mezclaban con la sangre—, y le puso una correa al cuello que se amarró a su cadera. Así la llevaba a todos lados, como una ex-

tensión salvaje de sí misma, y la bestia no la mordió nunca. Nadie más se les acercaba.

La señora María del Pilar se molestó y se llenó de una envidia por la mixta que ni te digo. Estaba escupiendo celos por la boca dizque porque la criatura no se daba con ella, y más de una vez intentó hacer que echaran a Enriqueta. ¿Cómo la ves? Pero Enriqueta no le prestó atención: nunca recibió órdenes directas de ella, nunca se afectó por sus gritos y lloriqueos y nunca, pero nunca, la llamó por su apodo: Mapi. Me soltaron que, en uno de los ataques de rabia de María del Pilar, la señora Julia se cansó del tire y afloje y gritó tan fuerte que la casa entera se estremeció. Rugió tanto que manchó de sangre las paredes blancas y tocó pintarlas después. Vociferó como una posesa: «Si lo que se necesita para que se acabe esta vaina son mixtas, entonces me las traigo a todas del pueblo».

La bestia paró de morder a los dos meses y se dejaba bañar a los cuatro. Por fin se le quitó el hábito de intentar desangrar los muñecos de sus hermanos, los mellizos, y de descuartizarlos cuando no les salía sangre. Cuando Enriqueta por fin le comunicó a la señora Julia, con ese acento suyo tan rico y marcado, «Julia, ya está todo listo pa' la prueba», nadie le refutó, al contrario, armaron una fiesta con globos llenos de helio y cintas de colores. Imagínate, hasta sacaron sangre sin destilar de la fábrica de Sanguina que como muy bien sabes es ilegal —menos para ellos—, y se fueron al jardín de atrás.

Esos no escatiman en gastos, niña. La María del Pilar compró ropa finísima para ella y para los mellos, aunque el inepto de su marido, que justo llegaba de la capital, se puso un pantalón que fue del papá, de esos de tela gruesa, sin importarle lo que celebraban. La señora Julia se mandó a coser un vestido de encaje: un faldón amplio que jugueteaba con el piso sin tocarlo del todo. Patrones de hilitos rojos le atravesaban el dobladillo en punto de cruz, creando un monstruo elegante de retazos: un híbrido textil entre pollera de cumbia y vestido de coronación.

Se sentaron en pleno atardecer de diciembre, de los más bonitos que ha habido, mientras Enriqueta llegaba con la criatura amarrada a su cadera. Ver a la bestiecita tan limpia por primera vez les dio esperanzas, especialmente a Julia Vanterroso. Llegó la hora de la verdad: traje-

ron de algún cuarto escondido a una empleada nueva, una morenita flaca que en ese momento no podía tener más de catorce y que se la hubiesen servido entera si no fuese porque sufría de anemia. Y es que dicen las malas lenguas —y esto me lo dijeron sin que yo preguntara nada— que María del Pilar contrataba gente enferma para evitarse el escándalo de que el marido las probara.

Dejaron a la flaquita en la mitad del jardín, temblando cada vez que miraba a la criatura. ¡Qué pecado! Pero también qué inconsciencia: trabajaba en esa casa de depredadores y le tenía miedo a esa cosita de nada. Enriqueta calmó a la empleada, algo le dijo que la hizo cerrar los ojos y quedarse quieta. Un hechizo, una promesa eterna que luego sería cobrada, quién sabe. Enriqueta desamarró a la criatura. La dejó libre después de varios meses, suelta de madrina y de correa; esta caminó hasta la empleada y la olió, le pegó la nariz cerquita y la recorrió entera con la lengua áspera.

La señora María del Pilar casi se desmaya y el bruto de su esposo estaba más pendiente del cuellito huesudo de la flacucha que del rito de adiestramiento; eso sí, por ahí cuentan que, si la señora María del Pilar tiene la mala costumbre de meter a la casa gente enferma, el marido tiene otra peor... ¡se las come! Esa flaquita no tenía oportunidad: él le clavó el diente esa misma noche. Tú sabes que los hombres así no pueden controlar su animalidad, les gusta dejar todo hecho una... sí, ¡una mierda! Ah, pero lo importante es que al final no pasó nada en el jardín, la empleada estaba servida como un postre y la criatura se quedó obediente, pasmada, igual a una carnerita lista pa'l sacrificio. Los ricitos dorados la hacían parecer una muñequita. Te digo que en ese momento el atardecer se ralentizó, como cuando las cosas importantes pasan, las cervezas se mantuvieron frías por toda la ciudad, las malas lenguas empezaron a cantar un bullerengue lento y las brisas dieron vueltas, anticipando que iban a tener que trabajar más desde ahora, manteniendo fresco este infierno. El sol rojo iluminó su cara, sus rizos y sus ojos por primera vez; ahí la abuela supo que el monstruito estaba destinado a ser reina del carnaval.

María del Pilar lloró y todos aplaudieron mientras la niña corría a los brazos de Enriqueta. Ahí fue cuando la señora Julia le marcó al mis-

mísimo Leonardo Bahr, el dueño de todo el cemento que cubre este arenal, y le propuso un negocio de sangre: tenía a la esposa perfecta para su hijo, Leo Jr., la muñeca ideal para completar su imperio de juguete, la criatura más hermosa que ha nacido en este infierno húmedo que es la Costa: su nieta, Julieta Vanterroso.

Primera parte
Ensayos

Mientras la vieja Enriqueta agoniza en un pueblo costero, Julieta Vanterroso ensaya la danza del Garabato en el salón Rioja, bóveda majestuosa del Altasangre Club.

*Tapatá catá tum tum,
tapatá catá tum tum.*

Truena la tambora, marca el chandé.

El grupo —casi aquellarre— se diferencia por el vestuario: ellos, una camisa amarilla manga larga, un peto azul decorado y pomposo que parece la extensión delantera de la capa, un pantalón hasta la rodilla con medias altas —como la aristocracia francesa del siglo XVIII—, el sombrero blanco ataviado con cintas y lentejuelas, y esas caras blancas, fantasmales con dos mejillas rojísimas y burlescas; ellas, en cambio, bailan y giran en vestidos negros, voladores, como urracas respingadas con plumajes verdes, rojos y amarillos.

Sube la intensidad del chandé y el grupo se mueve en línea recta, como una lombriz tensa: celebran la vida, el festejo. La fila se fragmenta en dos partes del mismo gusano mutilado —una cola y una cabeza—, y el grupo de bailarines se empieza a entrecruzar. Disfrutan de la vida porque saben que la muerte acecha, la misma muerte con guadaña que llega ya por Enriqueta, sola y ciega en su casa de techo de latón,

en medio de un pueblo sin nombre. Nadie sabe que está muriendo y ella lo prefiere así: batallar una a una con la muerte. Simbi, su espíritu guía, culebra blanca que se desliza entre el reino de los vivos y los muertos (o como Enriqueta le dice: El Pegue de los Mundos), se lo advirtió tres noches antes, cuando reptó a través del río lechoso de su córnea.

Enriqueta siente a la muerte acercándose con cada golpe de tambora, con cada *pumpum* que invoca truenos y relámpagos; el final es audible, la vida que se le escurre. La muerte no huele, no se ve: suena a chandé lastimero. Se levanta de la cama, sudada y fría, y se mantiene firme. Ella está destinada a enfrentarse a la muerte, así como lo hará Julieta en pocos segundos, en el Garabato que ensaya, a ciento treinta y seis kilómetros de distancia.

Enriqueta agarra el bastón en medio de su agonía para plantársele a esta muerte vestida de negro, con el esqueleto pintado. Ella sabe que va a perder, porque es una lucha destinada a perderse, pero ¿qué más iba a inventar? Toda la vida peleó con las uñas. No se irá sin poner resistencia.

Quienes degustan la victoria, que se creen capaces de herir a la muerte, son los del aquelarre de la danza del Garabato: perderán algún día, pero no aún, no mientras el ritmo acelere y haya fuerza para bailar. Julieta sostiene el bastón de lentejuelas. Cuando la muerte aparece, quién sabe por dónde, se presenta moviendo los hombros, bailando mejor que todos, porque la muerte es la dueña de la música —y las malas lenguas insisten en que el diablo es su mejor intérprete—. Llega con agilidad, saltando, como un espíritu descarrilado, de esos a los que Enriqueta evita en sus rezos a entes invisibles. Se enfrenta al grupo de bailarines, a Julieta, la reina de las urracas, pero también a Enriqueta y a todos los que en ese instante tienen que morir: la muerte siempre baila y trabaja, mata gozando porque para ella llevarse a las almas es una faena.

La joven reina tiene los movimientos aprendidos y coreografiados, no es la mejor bailarina, pero es buena ejecutora: una asesina del azar. Puede seguir el compás con sincronía y exactitud de metrónomo. Levanta el bastón y arremete un ataque rastrero a los pies de la muerte, que brinca y vuelve del borde del mundo en compañía de almas perdi-

das. Los muertos que se ha comido Julieta, cuya sangre ha gozado, abuchean para distraerla, para que la muerte se la lleve. Ella lanza el palo de madera de guayacán al pecho de su contrincante, que lo esquiva con una marometa y una burla.

Los fantasmas se alinean con los bailarines de Garabato y rodean a la reina, gritan, hacen porras. ¡Que la muerte los deje vivir otro carnaval! ¡Que se mueran sin saber, bailando! Julieta sabe que la pelea solo está coreografiada hasta cierto punto, porque la muerte es tramposa y no respeta las normas del tiempo ni de la vida.

Enriqueta, en su delirio agónico, está en el mismo lugar que Julieta. Escucha las porras, siente el sudor del baile. A lo lejos, los susurros de las malas lenguas le advierten cosas, le piden cautela. Tiene el bastón empuñado y lucha contra esa muerte rebelde que brinca y lanza guadañazos. Son, de nuevo, un único ser, como cuando Enriqueta se la enganchaba de niña a la cadera: «Tú eres otra pierna mía», le decía, «una pierna y dos ojos». A Julieta se le atraviesa el recuerdo vívido de Enriqueta: cómo la alimentaba en su infancia y la arrullaba entre vísceras hervidas, bracitos jugosos, reprochándole entre risas: «Come, monstrico, que te estás poniendo flaca». Enriqueta, que le abrió las puertas a una vida de sangre, soledad y placer.

Pero Julieta no piensa más en Enriqueta porque la muerte contraataca, cortándole por la mitad el recuerdo. Como bailarina o reina está en desventaja. Los colmillos se le despliegan entonces, porque percibe el pulso de la muerte por encima del golpe del chandé. ¡Qué regalo inesperado! El corazón late con la tambora. *Tacatá catá pum pum*. Ella es más que una reina de carnaval, es la reina que imparte muerte: depredadora de depredadores, perpetuadora escondida de masacres. Escucha pulsos de mixtos y purasangre por igual. *Pum, pum. Pum, pum.*

Yo te amé con gran delirio,

suenan en la garganta rasposa de la cantora invisible,

de pasión desenfrenada...

Pum, pum.

*Te reías del martirio,
te reías del martirio,
de mi pobre corazón.*

Los pulsos de todos los presentes forman una gran percusión. Si hubiese estado más atenta, Julieta habría escuchado el latido errático de Enriqueta que se arrastraba dos tempos. Un latido fuerte que se detiene, antinatural, como una exhalación; como si, en vez de desaparecer, se hubiese congelado en el tiempo. La guadaña de la muerte rastri-lla la piel expuesta de la reina. De la reina y de todos los condenados.

Y si yo te preguntaba,

sigue la cantora, más rápido, con afán de despecho:

*Pum, pum...
El porqué no me querías...*

Enriqueta pierde la lucha con la muerte y, con eso, es como si Julieta la perdiera, como si pudiera presentir la oscuridad, el abandono y la tristeza de hallarse en una danza que era más que una danza macabra: una guerra de poder y orgullo. Sin embargo, el Garabato tiene un secreto que es parte del espectáculo: el grupo está conformado por mixtos y purasangre, todos bebedores de sangre; pero quien interpreta a la muerte es humano. Un humano que la muerte posee, sí; pero humano al fin y al cabo.

Julieta tiene el permiso de mostrarse tal cual es, monstruosa y sedienta, porque en el carnaval todo se vale.

Y le hinca el diente a la muerte.

Y explota su yugular sobre los bailarines.

Y estos celebran, se hartan del elixir de la fiesta eterna.

Es un ritual y es un mensaje: en la Costa, entre la sangre y la gozadera, se vence a la muerte. No solo se la vence; se la comen, la desangran.

María del Pilar Vanterroso se balancea al borde de su puesto privilegiado en el salón Rioja del Altasangre. El vaivén parece su naturaleza: cuando no está obligada a solucionar algún desastre de su marido, se la puede ver orbitando alrededor de su Dante, tan frágil y hermoso como una porcelana, tan necesitado de ella como de la sangre.

Su trayectoria de satélite perdido no se desvía a sus otros hijos. Sebastián, insulso, tan parecido al padre, no da lidia ni problemas; y para los deslices de Julieta está Julia —a quien María del Pilar nunca le dice madre de frente—, que se desvive por su nieta y se encargó de traer una legión de mixtas para atenderla y vigilarla luego de que Enriqueta se retirara por ceguera. María del Pilar disfrutó ver los ojos de la mixta llenarse de neblina. Le puso obstáculos en el camino: piedras, zapatos, palos y mesones. Mandó a desorganizar la casa para desorientarla. Pero Enriqueta resistió con todo, con la mirada en alto, hasta que se le derrieron los ojos. Cuando dejó de ver por fin, cuando la pupila negra y las venitas rojas fueron tragadas por la blancura, se fue sin decir nada. No dio ni gracias ni adioses. Julia tampoco se pronunció. Casi enseguida llegó la tríada de mixtas: Katiuska, la cocinera que anda con las uñas mordidas y llenas de sangre; Osiris, la ayudante de cocina que reza las esquinas de la casa cada dos noches, y Henrietta María, la nieta escuálida de la vieja Enriqueta, una copia más joven y audaz de la abuela. Una pesadilla tortuosa que no deja descansar a María del Pilar.

Pero ahora Mapi es pura risa: toma uno, dos, tres sorbos de sangría mezclada con whisky, algo que su madre le tiene prohibido. Celebra el último mensaje de las malas lenguas: Enriqueta se murió al fin, en medio de la nada. Eso sí, María del Pilar se niega a celebrar del todo hasta que le confirmen que su tumba fue sellada para siempre. Se toma otro trago por la profecía cumplida.

La noche anterior, Julia, que andaba extrañamente contenta, le narró un sueño que tuvo con Enriqueta. Le contó de un espacio intermedio entre los planos de la existencia.

—El Pegue de los Mundos, la costura que hila todo —dijo su madre, que todo lo relaciona con tela y tejido—. Y Enriqueta estaba ahí flotando. Sola, perdida. Las ánimas que tanto la acompañaban la van a dejar morir —sentenció sin levantar la mirada de un bordado en el que llevaba trabajando días: un patrón intrincado de culebras blancas e hilitos rojos.

Mapi, aturdida por la confesión, fingió que el voto de confianza de su madre le daba lo mismo y, en cambio, hizo la pregunta de rigor:

—Ajá, y si eso pasa, ¿quién le va a decir a Julieta?

Pero la complicidad entre ellas se desbarató tan rápido como el hilo que Julia se enredó en los colmillos.

—No sé, pero tú te callas la boca sobre lo de la mixta —fue su respuesta.

María del Pilar resiente la desconfianza de su madre —que le pesa como una piedra en la garganta—, y se toma otro trago de sangría, uno amplio que le baja y la acaricia por dentro, por el pecho, por el estómago, que se acomoda en su vientre.

Mapi siempre ha estado para ella, para Julia, dispuesta a hacer lo que le pida. Incluso está ahí, ahora, en medio de los ensayos de Julieta en el Altasangre. Y aceptó sin refutar, sin reclamarle nada a su madre que no es madre, que es la gran doña Vanterroso, sin dejar en claro que ella también tiene cosas que hacer, cosas importantes.

Mapi hizo caso. No le dijo nada a Julieta cuando las malas lenguas confirmaron la noticia. No le dirá nada luego del segundo ensayo, que apenas empieza.

La música se filtra por esa bruma deliciosa que le produce la Sanguina adulterada y, poco a poco, se relaja, deja de balancearse en la silla

y se acomoda en el respaldo. Cierra los ojos. Puede regalarse esos minutos de calma, un poco de paz entre tanto movimiento. Escucha: el sonido de la flauta la rodea y la abraza. Escucha: pasos firmes que se acercan con cautela. Le llega el olor del fuego y de la pólvora.

En un instante, la música deja de ser suave para dar paso a una percusión que desata una espiral de recuerdos inesperados con su ritmo. La conmoción la obliga a abrir los ojos y encontrarse cara a cara con la danza de los Diablos Arlequines. Los bailarines saltan y se sacuden en sus trajes de retazos amarillos, rojos, azules y verdes, mientras sonríen con sus bocas rojas en esos rostros pintados de blanco. Luego, con picardía, agachan la cabeza, dejando que los cientos de rostros de Satán estampados en sus sombreros crucen miradas con el único público presente: las directivas de Bacanal S.A. y María del Pilar.

Mapi lo ve duplicado, triplicado, lo ve representado en ejércitos, a su Diablo. Quizá sean los sombreros colorados que enmarcan sus mejillas rojas, quizá sean las barbillas partidas. La broma cruel parece orquestada por su madre.

Toma dos sorbos más. El calor le sube por el abdomen, le baila en los senos.

Ha bebido mucho y eso le da risa. Su madre le prohibió tomar, pero ¿de qué sirve la medida cuando su cuerpo se agita con movimientos involuntarios a causa de esos encuentros pasionales y malignos con los que todavía sueña? La estela de los diablos de colores, de formas variadas, la observa y baila para ella, pidiendo, rogando por su cuerpo. Hay fuego a su alrededor y ahora la Sanguina le baila en los pezones, que le queman y le arden. Ningún diablo la merece. Ninguno es el suyo, ni siquiera el que bota fuego por la boca. Su Diablo también botaba fuego, pero no por la boca; él era el fuego: su piel, su abrazo caliente, su tacto delicioso que la cubría de la noche.

La aparición de Julieta elimina los bordes de la reminiscencia. Se mueve entre los diablillos con un vestido largo, ostentoso, a juego con los trozos arlequinados de los demás. Camina entre llamas como salida del infierno y María del Pilar se siente expuesta. Su hija luce radiante, maravillosa, pero sin gracia, como una estatua a imagen y semejanza de su abuela. Lo doble le genera malestar. Todo lo doble que se refleja en sí

mismo. Pero lo doble la persigue: Julieta es a Julia lo que Dante es a su Diablo. Pero María del Pilar es una sola: es Mapi, sin nadie que la duplique ni la acompañe. La sangría termina de destapar el caldero podrido de recuerdos y ya no puede resistirse. Siente la brisa fría que se filtra por las ventanas de su habitación. Se levanta. Se descalza. Camina hacia el escenario que se transforma en balcón ante sus ojos. Las luces artificiales del salón Rioja se convierten en una luna pálida. Los Diablos Arlequines se multiplican y mueven los pies: un, dos, salto, un, dos, salto. Y él, su Diablo, se materializa en la medianoche de su teatro mental. Sube por el balcón, por la barandilla de las escaleras a las que Mapi se aferra en este instante, y la toma entre sus brazos, la cubre con su pelo oscuro y abundante, oculto en ese sombrero que nunca se quita. El sonido de la flauta se eleva hasta convertirse en un chillido agudo e insoportable, y su Diablo la toma a la fuerza entre sus brazos de fuego. La aprieta y la monta en una danza donde ella se balancea hasta el infinito.

María del Pilar se estremece. Despierta de la ensoñación ante el aplauso de los bailarines. Está sentada al borde de la escalera de caracol que conecta el escenario con las plateas del Rioja. Se levanta, se tambalea y se obliga a repetirse que lo que presenció no fue un sueño, sino un recuerdo, nítido y atesorado. Los encuentros sucedieron así y ella lo sabe. Siguieron hasta que nació Dante. No es un delirio como quieren hacérselo creer. Su madre podría decir misa, pero el parentesco es innegable. Su Diablo está replicado en su hijo. El físico al menos, porque el contenido, la información en la cabeza, es otra historia; una historia triste. Mapi le ordena a un mesero otra copa de Sanguina a medida que los Diablos Arlequines se quitan el disfraz, se revelan simples hombres y nada más, y ella recuerda que así le fue descrito el infierno: un salón largo de pisos ajedrezados lleno de pieles de demonios que esperan ser llamados a la existencia.

Julieta se le acerca a María del Pilar con afán. La mira de arriba abajo con ojos avergonzados. La toma del brazo y la aleja del escenario.

—¿Qué haces acá?

—Tu abuela me mandó —responde Mapi, maternal y borracha.

—Ah, bueno —Y su hija le clava la mirada oscura, de esmeralda pálida—. Tómame suave la sangría. ¿La abuela Julia te dejó pedir?

—Tu abuela Julia no me puede prohibir nada, niña. Además, estoy perfecta. Me están dando ganas es de bailar.

—Por eso.

Y luego de dedicarle otra mirada estéril, su hija se va, dejándola sola, humillada, rodeada de Diablos Arlequines. María del Pilar queda sola en el gran salón y le parece que no existe lugar en el mundo para ella, no desde que fue marcada por su Diablo. Empieza a bailar como si pudiera sentirlo junto a ella. Vaivén, vaivén y el sonido de un violín. El escenario del salón, ahora vacío, acoge la gran tragedia de su vida.

Los recuerdos empiezan a emerger, ya no reprimidos ni ocultos, sino plenos: el inútil de su marido al borde de la muerte, tragando sangre dañada de mixtas y humanas enfermas, incapaz de pasar una noche con ella; su madre, doña Vanterroso, preocupada por el qué dirán y exigiéndole un heredero, diciéndole que lo meta a la cama a la fuerza, que lo emborrache, que lo muerda, que lo amarre.

María del Pilar fija la mirada en el techo del salón Rioja: una réplica del *Paraíso perdido* de Doré. Satán se desploma entre las nubes, sus alas inútiles bajo la mirada indiferente de las estrellas. Un camino de luz lo arrastra directo a la perdición, el mismo trayecto que condujo a Mapi a su propio abismo. Hizo lo necesario: llenó de sangre enferma a su esposo para que no sintiera la diferencia y se le subió el tiempo justo para asegurarle un nieto a Julia. Pero desde aquella noche, el mismo camino de luz la llevó hasta su balcón, el escenario perpetuo de sus encuentros con el Diablo. Y así fue, sin falta, hasta que estuvo preñada de mellos.

A Mapi la encuentran sollozando en el suelo del salón. Tiene los brazos, el cuello y el vientre rasguñados. Grita a nadie, al vacío, al techo del Rioja, que necesita sacar el calor del cuerpo, que la está comiendo desde adentro. Siente lo doble cernirse sobre ella. La señora Julia la manda a recoger y a escoltar hasta la mansión, donde permanecerá durmiendo con las ventanas cerradas, excepto la del balcón, abierta a los recuerdos.

Tanto Mapi como doña Vanterroso supieron con certeza cuál mello era de su marido y cuál mello era del Diablo.

—¡Eres una desagradecida! —le grita María del Pilar a Henrietta María—. Yo hago sacrificios para pagarte hasta cuando no tengo un peso y tú te vas cuando se te da la gana —Mapi respira y luego, como hablándose a sí misma, remata con un—: Julia no puede estar de acuerdo.

—Ya me dio permiso —responde Henrietta en voz baja.

—Pero si no hablabas con tu abuela hace años. ¡Te necesitamos aquí vigilando a la niña!

—Me tengo que ir. Todos van a viajar para velarla. Ya Julieta está grandecita.

Julieta escucha desde afuera de la cocina. Desea que todos en la casa se callen, que dejen de arruinarle el sueño, que permitan que se encierre en su habitación por los siglos de los siglos. Está furiosa y siente que todas la han traicionado. Se lo dijeron hace poco: su abuela la había prometido con el simplón de Leonardo Bahr Jr. desde que era niña. Y, aparte de todo, como si ese no fuese castigo suficiente, la única razón por la que no los casaron enseguida es porque le toca ser la reina del carnaval. «Y prioridades son prioridades», decretó su abuela. «Te toca ser una seda».

Solo ha abandonado sus aposentos para ensayar en el Altasangre, pero la ley del hielo continúa para todas. Se niega a hablarles, a perdonarles la falta. A quien más rabia le tiene es a Enriqueta, porque al parecer sabía de su destino y no se lo dijo. La había preparado para

ser una buena esposa, una de encaje y lentejuelas, una que escondía el hambre. Y ahora no le puede reclamar nada porque se atrevió a morirse.

—¡Todas las semanas se muere alguien nuevo en ese pueblo tuyo! —contrataca María del Pilar.

—Es mi abuela, señora Mapi —dice Henrietta—. A la familia le toca la comida del velorio.

—¿Por qué los mixtos insisten en tragar tanta porquería? ¡Por eso se mueren antes!

—Si me quiere echar, écheme. Pero me tengo que quedar por allá las nueve noches.

Julieta no aguanta más los gritos, la furia, la falta de atención, y se mete en la cocina dispuesta a ganarse otra cachetada por defender a Henrietta. Su madre estaba cerca de convertirse en una mala lengua. La abuela Julia se lo había dicho: «Un día de estos la lengua de tu madre se le va a salir de la boca y va a buscar a sus hermanas, que gritan y susurran en la costura de los planos, que chismean por su vida, que no tienen descanso en su labor milenaria». Pero esta vez es diferente. Se siente profana la manera en la que hablan de la muerte de Enriqueta, de su nana, de la única persona a la que le importaba. Julieta está furiosa con Enriqueta por dos cosas: haberle ocultado el plan de su abuela y haberse muerto.

—¡Mira quién apareció! ¿Escuchaste? Ahora Henrietta sale con que tiene que irse nueve días —le dice Mapi a Julieta cuando la ve entrar.

—Nueve noches —corrige Henrietta, con mirada cansada.

Eso cambia las cosas para Julieta, nueve noches sin Henrietta es una eternidad. Y una eternidad para una criatura cuya expectativa de vida es de al menos dos siglos —siempre y cuando se aleje de sangre dañada y porquerías de bruja— es una sensación curiosa: Julieta no siente el tiempo; no del todo. Su medida es la ausencia y la soledad. Y el hambre. El hambre de la joven, si Henrietta decide irse tanto tiempo, terminará por dominarla y generar una tragedia.

—¿Y por qué tanto, Henrietta?

—Porque toca hacer unos rezos por nueve noches, niña, si no el alma de Enriqueta no va a descansar y se me va a aparecer a mí.

—¿Y no quieres eso? —pregunta. A ella sí le gustaría ver a Enriqueta por última vez. Su cara ya es borrosa en su mente, pero no su voz, ni sus cantos, ni su andar con el bastón. Enriqueta es un recuerdo lejano de ojos cada vez más limpios de pupila; de susurros y palabras complejas; de pulseras sobre pulseras que sonaban como maracas.

—¡Es que te vas de fiesta! —grita María del Pilar—. Yo no voy a aguantar que me vean la cara, Henrietta. Tú verás lo que haces, pero si te quedas los nueve días ni te aparezcas por acá.

Y con eso, más un portazo que hace sacudir las bisagras, Mapi sale de la cocina.

—Se está recargando —le susurra Julieta a Henrietta—. Tú sabes que ella es así. Y más cuando pelea con la abuela.

Henrietta se pone la mano en la frente, espantando la estela de la lengua malintencionada de María del Pilar.

—Yo no me quiero ir, pero me toca. Si no Enriqueta se va a molestar.

—Murió muy pronto... —responde Julieta.

—Tú sabes que los mixtos no vivimos tanto como ustedes, niña. Enriqueta tenía sus años...

—Pero todavía le quedaban varios.

Julieta sabe que la expectativa de vida de un mixto es menor; sabe que, además, el trabajo y el consumo de sangría barata, de esa que es más agua y colorante que otra cosa, los envejece. Sabe que la comida que tanto insisten en compartir —carne cruda, sazónada con sangre animal, sangría ahogada en aguardiente— les destruye el organismo poco a poco; pero es que Enriqueta no era una mixta común: contaba con ayuda de otros seres y de otros planos. Podría haber arañado la vida eterna de haberlo querido.

—Se descuidó y ya —responde Henrietta—. La vieja se aisló apenas se le dañaron los ojos. Quizá así no quería seguir viviendo.

Julieta recuerda la última vez que vio los ojos blancos de Enriqueta: eran lisos, sin venas, sin manchas. Le trajeron paz.

—Espero que sus ánimas la acompañen, que Simbi le devuelva lo que perdió.

—¡Julieta! —grita Henrietta María—. ¿De qué hablas tú? No puedes decir esas cosas sin pensar...

—¿Simbi no es el espíritu guía de Enriqueta? Lo leí por ahí...

—Shhh. ¡Cállate, niña! ¡Dios mío! ¿Cómo se te ocurre ponerte a hablar de lo que no sabes? ¡Ahora sí que me van a joder! ¡Donde te escuchan tu mamá y tu abuela...!

—No voy a decirles nada, Henrietta.

—¡Más te vale! Esos son nombres que pesan en la boca.

—¡Que no voy a decir nada!

Silencio. Julieta ve cómo Henrietta se masajea la frente y la mira extrañada.

—¡Esa vieja loca! —suspira—. De seguro se puso a hablar de eso delante de ti.

—Perdón —susurra Julieta. Y, luego de un momento prudente, decide cambiar de tema—: Vete tranquila a las nueve noches. Mi mamá no hará nada. Mi abuela no la va a dejar.

—Ajá, yo sé. Aunque quisiera no ir. Julieta baja la voz.

—Si fuera mi abuela la que se muriera, yo no podría velarla tanto tiempo.

Henrietta mira al cielo.

—Ahora hablas de matar a tu abuela... Tú quieres que me echen de acá.

—¡Henrietta!

—Bueno, ya. Es la última vez que jugamos con esto.

La voz de la mixta se desaparece y, en cambio, apenas se entiende lo que pregunta en una mímica de labios sin sonido:

—Ajá, ¿qué harías entonces?

Julieta sonríe, se le marcan los hoyuelos, se le asoman los colmillos.

—Le pondría una piedra encima al ataúd, una pesada, para que nunca se saliera de ahí.

Ambas ríen. Julieta es consciente de que está dándole forma a un escenario de fantasía, un disparate que la puede meter en problemas.

—¡Ay, niña! Tú sales con unos cuentos. A tu abuela no la podrías mantener en la tumba aunque le zamparas la fábrica de Sangui-na encima.

Ese pensamiento le revuelve el estómago a Julieta. Ya es muy tarde para disipar el recuerdo falso: su abuela, vestida con tafetán rojo, recostada en un ataúd amplio, cómodo, acolchonado. Una sonrisa en sus labios dormidos, un ramo de rosas púrpuras en sus manos de reina. Doña Vanterroso en todo su esplendor hasta el final. Especialmente en la muerte. En un ataúd sellado, con borde de cristal —para que se pueda observar su belleza—, pero impenetrable, clavado con hierro y magia —la magia que Julieta anda leyendo y aprendiendo del libro prohibido que se robó; la magia que se niega a compartir con nadie—. Visiona ese ataúd cerrado por toda la eternidad —la eternidad real, no la de la ausencia o la del hambre que siente cuando está sola—, para que su abuela no salga nunca más y Julieta sea libre en sus decisiones y planes de vida.

Un segundo pensamiento le revuelve aún más el intestino: darse cuenta de que Henrietta tiene razón. A su abuela ninguna piedra ni hechizo ni traición puede llevarla al descanso eterno si ella no lo quiere. Julieta será su esclava por los siglos de los siglos. Desea entonces morirle ella, lejos de esa casa en donde ni la muerte está asegurada, en donde su abuela podría revivirla solo para casarla y seguir con su dinastía... Desea morirle por allá, en un pueblo lejano, donde la gente le cuide el alma por medio del ritual de las nueve noches.